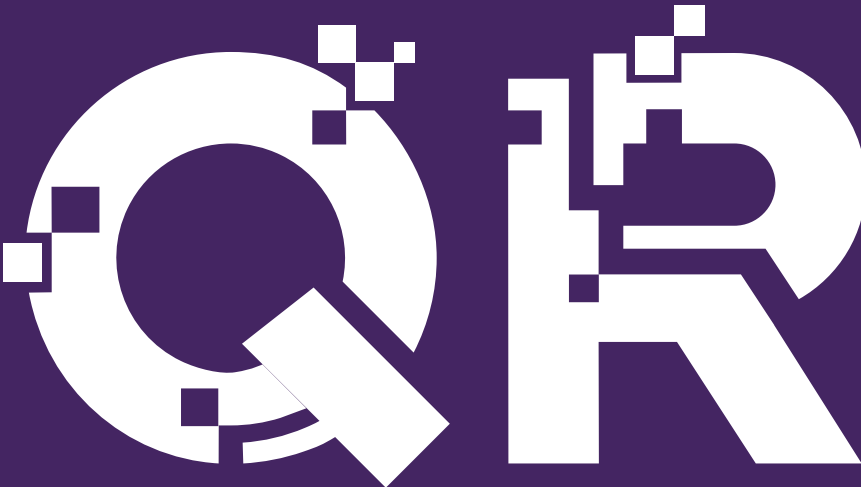




quiero relatos

Figuraciones violetas

EDIBER
EDITORIAL MUNICIPAL
DE BERAZATEGUI

Prólogo

El contexto impuesto por la pandemia global que afectó nuestras vidas, nos enfrentó al desafío de desarrollar políticas públicas en un panorama de extrema incertidumbre. A pesar de esto, pudimos asumir nuestro compromiso ciudadano siendo propositivos en la gestión de acciones sociales, sanitarias y culturales para nuestras vecinas y vecinos. Nunca abandonamos el vínculo y fomentamos acciones virtuales y plataformas como **Berazategui Creativa**, para sostener el proyecto cultural que nos identifica y es parte fundamental de nuestra gestión municipal.

Poco a poco y acompañándonos, entre cuidados familiares y acuerdos sociales, estamos recuperando los ámbitos presenciales esenciales en nuestras vidas. Con alegría nos sentimos inmersos en este proceso de reconstrucción; de recobro de participación ciudadana en los espacios públicos; de reaperturas de lugares históricos e inauguraciones de nuevos como el Complejo “**La Humanitaria**” en Hudson.

En este contexto, **EdiBer**, el sello Editorial de la Municipalidad de Berazategui, continúa el compromiso de los últimos seis años en las convocatorias “Abrir la Puerta”, sosteniendo la participación y promoción colectiva de escritores y artistas visuales locales; buscando constantemente democratizar los accesos y posibilidades de los productores culturales.

EdiBer 2021, presenta “**Quiero Relatos**”, una original propuesta de encuentro en el espacio público que reúne lo presencial, lo virtual y lo colectivo en una acción. Donde sembraremos cientos de códigos QR en todo el distrito que, a través de su escaneo, llevarán a los tres capítulos de este libro digital.

La publicación reúne la selección de 31 escritores y 23 artistas visuales que relatan en textos breves e imágenes vivencias, transitaros e historias que reflejan pertenencia al territorio berazateguense.

Felicitamos y agradecemos la participación de los autores y desafiamos la búsqueda de los códigos QR de la Editorial EdiBer. Para que mediante estas nuevas costumbres y herramientas adquiridas, una vez más, podamos conocernos y reconocernos.

Juan José Mussi
Intendente Municipal de Berazategui
Federico López
Secretario de Cultura y Educación

“Quiero Relatos” Ediber 2021 está dividido en tres capítulos, cada uno con su correspondiente código de acceso y un color que lo identifica: **Figuraciones violetas**, **Memorias azules** y **Comunidad naranja**.

Las **figuraciones** hacen referencia a la imaginación, a la acción de figurar historias mágicas, absurdas o misteriosas. Los relatos reunidos en este capítulo se caracterizan por sucederse en un plano que excede la realidad material y la cotidianeidad y, por el contrario, la desafían para desplegar sus palabras en un mundo fantasioso que nos permite tanto reír como reflexionar.

Las **memorias** son relatos que contienen recuerdos, historias personales o hechos históricos en donde sus autores son protagonistas o testigos. En el transcurso de estas páginas, se experimentan diversas emociones; el orgullo por la autonomía, el horror por el período de la dictadura cívico militar, la ternura del antiguo amor, la tristeza por el desencuentro o la añoranza de viejos viajes.

La **comunidad** contiene registros de la vida cotidiana; del quehacer colectivo que es siempre transformador y del cantar de la calle con sus pibes y sus enseñanzas. También comprende los relatos que dan cuenta de lo vivido durante y después del período de aislamiento social preventivo en pandemia.

Índice onomástico

Agustin Nicolas Moreira - Plaza San Martin - 34

Antonella Lampi - Pimpollo - 28

César Montilla - La bici celeste - 35

Cintia Elisa Periz - La aceituna mágica - 5

Cuatro cuadras - 31

Daniela Coronel - Atardecer naranja - 18

Buscando brilla... - 38

Emilce Saccani - Proyección - 24

Hogar - 27

Federico Ortega - Viajar como antes - 15

Lara Machalec - Casona - 27

Laura Lavergne - Ranelagh, nevada del 10 de julio de 2007 - 14

Lucas Kapusi - Desde el círculo - 19

Marina Vitagliano - Dispareja - 21

Mónica Isabel Leles - El alma en la plaza - 10

Rodrigo Abreguez - El show más esperado - 8

Sofía Magra - Adoravivos - 11

Tomás Acevedo - Brisa del Paseo - 30

Victoria Eugenia Fiore - Vuelo... - 23

LA ACEITUNA MÁGICA

En una pizzería de Berazategui de cuyo nombre no quiero acordarme (pero que está en la esquina de la Plaza San Martín) hay una aceituna mágica. Permanece en el fondo de un grasiento frasco desde tiempos inmemoriales. No se sabe si quien la coma será víctima de innumerables desgracias o de maravillosas bendiciones. Con respecto a su origen, cuentan que la paloma que Noé envió a tierra para saber si había terminado la inundación, trajo una rama de olivo. Cuentan también que la verdadera intención de la paloma era comerse la aceituna que pendía de la rama, pero se desprendió y cayó al mar para desembocar en las costas del Río de la Plata. Se comenta que la paloma todavía está a las puteadas.

Cómo es que la aceituna terminó en el frasco de la pizzería, eso nadie lo sabe. O tal vez alguien lo sepa y guarde el secreto para siempre por algún motivo misterioso. Beodos que frecuentan el lugar han intentado sacar la aceituna del frasco con todo tipo de utensilios y hasta con sus propias manos al grito de “¡Vení pa’cá, infelí!”, pero no lo han conseguido. El dueño planea agregarla como atracción para la kermés de carnaval. Se dice que ya preparó el cartelito: “Pesque la aceituna y gánese algo; no sabemos qué. Tres intentos, cinco gambas”.

En un lúgubre puesto de la feria internada de Berazategui, emplazada en aquel entonces en el predio que actualmente

ocupa el Centro de Actividades Roberto De Vincenzo, una anciana (no se sabe si descendiente o sobreviviente de algún pueblo originario de América del Sur), ofrecía sus legumbres, semillas y especias a quienes se acercaban a husmear. La piel de su rostro, morena y arrugada como el chocolate en rama, ocultaba casi por completo sus pequeños ojos de color indefinido. Unos pocos dientes bregaban por no caer aún de sus encías ya retraídas. Su cabello entrecano, recogido en un rodete prominente, llevaba todavía el lustre y la tirantez de sus años mozos. Presentaba sus mercancías en prolijos sacos de arpillera. Cuentan los otros feriantes que en una minúscula bolsita negra escondía, bajo sus faldas, tesoros invaluables para el rubro que manejaba. Se habló de que custodiaba uno de los frijoles mágicos de Juanito, las semillas de la manzana que envenenó a Blancanieves, el guisante que una reina colocó bajo veinte colchones, e incluso algunas migajas de pan diseminadas por Hansel y Gretel mientras se adentraban en el bosque tenebroso. Hasta se corrió el rumor de que atesoraba el carozo de la aceituna que pendía de la rama de olivo que la paloma le llevaba a Noé de regreso al arca. Esta última versión fue refutada por el dueño de una pizzería que asegura que conserva la aceituna íntegra e intacta en un frasco de su propiedad.

La insólita desaparición de la anciana dejó boquiabiertos a sus compañeros de feria. Coinciden en que la vieron preparando con los ingredientes de la bolsita negra un brebaje que despedía un aroma embriagador

que generaba una irresistible necesidad de algo inexplicable, imposible de satisfacer. Sin embargo, algunos aseguran que la vieron esfumarse en el aire después de sorber la primera cucharada, dejando en el ambiente una nubecilla de finísimo polvo de estrellas, y otros dicen haberla escuchado gritar: “¡Voy al baño y vuelvo!”. Lo cierto es que jamás regresó. El dueño de la pizzería fue sobreseído una vez interrogado. Casualmente sus pizzas, hasta entonces defenestradas por el público en general y también por renombrados críticos culinarios, son, en la actualidad, un verdadero éxito. La causa sigue abierta.

Cintia Elisa Periz

El show mas esperado

El trazado de la vieja plaza de las colectividades estaba repleto, todo el playón deportivo, sus escaleras, las calles laterales, todo. Habían venido pibes de todos los barrios con sus trapos pintados con algún dibujo mal hecho del rostro del artista en cuestión y el nombre del barrio o la cuadra de pertenencia. De mi parte, sospechaba que fuera verdad lo que hace meses anunciaban con bombos y platillos en las carteleras improvisadas de las paradas de colectivos y en las redes sociales del municipio. Recurrentemente, me preguntaba cuándo iban a traer a un artista de la talla del que estaba por empezar a sonar en el escenario, suponiendo que esto era verdad. El show estaba programado para las 22hs, a sabiendas de que siempre arranca mínimo media hora más tarde, me di una vuelta por la feria de comidas y me dispuse a comer un pancho. Mucha plata no tenía, así que saqué el termito de acero de medio litro de la mochila y lo cargué en uno de los bebederos de la plaza. Como maridaje para el pancho el agua no era de lo mejor, pero lo importante estaba por suceder arriba del escenario, así que consideré mi cena bastante digna.

La gente estaba excitada, parecía vibrar a cada minuto, cada vez que el reloj se acercaba a la hora dispuesta para el comienzo del espectáculo. Los pibes habían copado el frente del escenario, desplazando las sillas de los invitados especiales y las autoridades políticas, debo decir que me regocije un poquito con aquello.

Había hablado con un amigo en la semana, le contaba lo incrédulo que estaba con respecto a que esto se haga realidad y me decía que ya había escuchado que en otros espectáculos habían usado esa máquina de la que tanto se hablaba por internet y las redes sociales, aunque muy bien no sabía de qué se trataba. No terminó de convencerme, le dije que si en verdad lo traían iba a ser por fin una fiesta aniversario como la gente, ya estaba un poco harto de los espectáculos del tipo Los Pimpinela o Valeria Lynch, sin ánimo de ofender a nadie. Después de haber digerido el pancho, me arrimé a un costado del escenario, esquivando las caras de pocos amigos que me ponían los que esperaban hacía horas en ese lugar, sobre todo las de esas señoras que llevan su reposera y que de alguna manera se instalan cual propiedad privada en el espacio público, llegué.

Para ser sincero, lo de las banderas y los pibes de los barrios me llamó la atención. Me habían comentado que, con las nuevas metodologías de difusión musical e internet, muchos artistas habían cautivado a un público joven y pasional. En fin, todo estaba dado para que tengamos un buen show y una buena noche si los satélites y el wifi nos lo permitían.

22.40; luego de la presentación de la locutora de voz impostada, suena un Mi Bemol Mayor y Chopin arranca el show tranqui, con su clásica Nocturna op.9 y los pibes empujan hacia adelante.

Rodrigo Abreguez



El alma en la plaza - Mónica Isabel Leles

Adoravivos

Los últimos años de vida de D. no estaban exentos de aventuras. Para estar acercándose a los sesenta y cuatro años, mantenía una complexión corpulenta que, aunada a su metro ochenta y dos de alto, imponía un respeto especial. Detective retirado, con una tasa de resolución de casos del 86%, a lo largo de su carrera profesional había cosechado aprecio y admiración entre los miembros de las fuerzas policiales locales, tanto jóvenes como veteranos. Es así que, cada vez que alguna investigación se estancaba, D. no tenía reparos en desempolvar sus dotes intuitivas y ayudar desde el rol de consultor. Se lo pedían a menudo.

Siempre que su presencia era solicitada en la comisaría, dejaba en pausa lo que estuviera haciendo y salía disparado por la puerta de su pequeño monoambiente a las afueras del pueblo. En estos días grises, era lo que más le animaba. De hecho, se diría que era lo único que le impulsaba a seguir viviendo. La vida de jubilado no le sentaba bien; extrañaba la adrenalina de su trabajo. Percibir el corazón en las sienes cada vez que estaba a punto de enfrentarse a un criminal, o sentir que volaba cada vez que durante una persecución pisaba a fondo el acelerador de su Impala, mientras recorría las calles desiertas de madrugada.

Por eso es que, en sus últimos años de vida, caminar por las veredas de su pueblo de camino a la 7ma, a sabiendas de que se dirigía a aportar su granito de arena para salvar

una vida (o, cuando menos, recuperar algún bien robado) le henchía el pecho de orgullo. Su andar se volvía rápido pero desenvuelto. Sus pies lo llevaban con paso fuerte por el camino que había recorrido innumerables veces.

En primer lugar, enfilaba hacia la cafetería de H. sobre la Mitre, para comprar un espresso que le ayudara a mantenerse avispado durante el resto del día. A la salida, admiraba brevemente su reflejo en la vidriera de la panadería de final de cuadra y se pasaba una mano por el blancuzco cabello, que ya raleaba. Luego, atravesaba en diagonal la plaza y, si los veía, saludaba a los viejos carcamanes J. y F., sumidos en sus partidas diarias de damas. Unas cuadras más allá, empezaba a sentir la creciente cacofonía de motores, bocinas, voces y pisadas que le indicaban que se estaba acercando al centro. Tenía que pegar un rodeo si quería evitar las avenidas principales, puesto que cruzarlas podía demorar años... Pero D. disfrutaba del paseo; sin aminorar la marcha, cambiaba de dirección con destreza y sin titubear. Conocía ese poblado mejor que la palma de su mano.

A metros de la comisaría, D. siempre tiraba el vaso plástico vacío del café en el mismo cesto de basura reciclable, una pequeña cábala personal. Acto seguido, se aproximaba con el corazón desbocado a la entrada del austero edificio de hormigón. Ya frente a las puertas de vidrio corredizas, se giraba una última vez a contemplar ensimismado el paisaje urbano en derredor: el pueblo era pequeño y modesto, pero tenía todo lo que alguien pudiera

necesitar. Incluso momentos de añorada aventura para dar sentido a la vida de un hombre que no alcanzaría a autodenominarse septuagenario.

Cuando los sensores de movimiento captaban la voluminosa figura de D., las puertas le dejaban el paso libre y el aire del interior le azotaba el rostro en su escape hacia el exterior. Olía a resmas de papel, tinta de impresión y más café. D. inspiraba una bocanada amplia y sonreía. Sin dudas, disfrutaba en gran medida sus últimos años de vida.

Sofía Magra



Ranelagh, nevada del 10 de julio de 2007 - Laura Lavergne

Viajar como antes

Juan vivía para trabajar. Todos los días, sentado frente a la computadora. Un viernes, Juan se cansó.

Entró al garaje de la casa, después de muchos años. Entre estantes polvorientos, cajas metálicas de galletitas llenas de cosas y herramientas oxidadas, la encontró: la bicicleta de papá, con su vieja sillita trasera de madera. Recuerda que cuando viajaba en ella, solo le preocupaba que lo picaran los mosquitos, el resto era sentir el viento recorrer su cara, y bancarse los chistes malos de su papá. Una inflada a las ruedas y lista. Parecía que la bicicleta lo hubiera esperado. Calentó agua y preparó el mate, su gran amigo, que en esa campaña volvería a estar con él.

Apenas empezó a sentir el silbido del viento en sus orejas, volvió a viajar como antes, hacia el río. Le costó subir la avenida cuando pasó por arriba de la autopista. Volver a ver la inmensidad del campo, los pájaros cantar en orquesta a lo lejos, hizo que valiera la pena.

La ciudad, sus torres y las casas al costado del camino se iban haciendo cada vez más pequeñas, hasta ser una silueta lejana entre los árboles.

Se acabó el asfalto. Juan bajó de la bicicleta y siguió caminando entre las plantas. De a poco, empezó a sentir el dulce susurro del agua rumiar en sus oídos.

Llegó. El río estaba allí, como cuando su papá lo llevaba a mirar el horizonte y a jugar entre los barrancos embarrados de la playa marrón. Dejó la bicicleta y se sentó contra uno de los añosos sauces de hojas que se alborotaban y danzaban al son de la brisa. Miró al horizonte y cerró los ojos, mientras respiraba relajado. Ya no recordaba cuándo fue la última vez...

Un silbido lo despertó.

–Muchacho, ¿Nos ayudas?

Un hombre en la playa le hacía señas. Juan fue hacia allá. Había dos hombres a caballo adentro del río, montando los animales y a un par de metros de distancia. Empezaron a salir del agua, tirando de una enorme red llena de pescados.

–Ayudanos, que el Gringo se quedó dormido.

Juan siguió al pescador y lo ayudó a tirar de la red, con una soga. Los pies se le hundían en la arena a cada paso, hasta que pudieron sacarla del agua.

–Gracias, muchacho. Tomá, llevale a tu madrecita.

El hombre agarró un hermoso pescado de escamas brillantes, lo envolvió en una hoja de diario y se lo dio a Juan. Él sintió el olor a río y a arena del pescado y sonrió. Le deseó buena suerte al pescador y volvió al sauce.

De lejos, seguía mirando a los pescadores agachados en

la red, que iban tirando pescados en una carreta cercana. Tomó un mate y se quedó contemplando ese horizonte lejano, con las gaviotas y las garzas discutiendo entre sí.

Cerró los ojos. Los abrió y vio como el sol casi había desaparecido, y el cielo teñido con tonos de azul se hacía cada vez más oscuro. Vio cómo el río empezó a crecer y a acercarse murmurando. Se levantó y caminó por la ribera hasta el asfalto de la avenida. Miró para atrás, y no vio rastros de los pescadores, ni de los caballos, ni de la carreta. Ni huellas en la arena, ni un solitario fuego, nada. ¿Fue todo un sueño?

Abrió la mochila, y allí estaba el pescado, envuelto en esa hoja de diario. Decía 16 de mayo de 1942. Intrigado y conmovido, volvió a su casa. O quizás, en esa tarde de viernes, siempre estuvo en su casa.

Federico Ortega



Desde el círculo

El sol sale una nueva mañana de invierno y no se sorprende de encontrarme quieto, mirando la peatonal.

Los primeros berazateguenses asoman para abrir sus locales. Muchos pasaron ya, a paso apretado, para alcanzar el semi-rápido y los pulgosos andan por la calle buscando ligar algo para el desayuno.

Pasan los minutos y la gente llega de todos lados, bajan de nuestro siempre amado blanquito, aparecen pedaleando en bicicleta y caminando con el ceño fruncido por el sol que los deslumbra en una soleada mañana. Quién sabrá si vinieron a comprar un regalito, a tomar un café con una amistad o a encontrarse con un nuevo amor...

Mientras va pasando el tiempo se nota que la gente empieza a llegar apurada y no es difícil deducir que están abriendo los bancos, las oficinas y los establecimientos públicos.

Cerca del mediodía se escucha un grito que asusta a más de uno:

–¡Amigo! ¡Hace cuantos años no te veo!

Y dos hombres de edad madura se funden en un abrazo de dos minutos, mientras se golpean la espalda entonando una frase al unísono que resonó en mi mente por horas:

– ¡Vivimos en el mismo barrio, pero nos venimos a cruzar en el centro!

¿Y cómo no me iba a resonar semejante verdad? Si estando siempre acá presencio miles de encuentros de conocidos del colegio, del barrio, de los cursos y actividades en los centros culturales, de la vida misma.

Va cayendo la tarde cuando se puede ver un chico que pasa comiendo garrapiñadas de nuestro histórico puestito.

Ya está oscureciendo. Se ven menos familias y aparecen jóvenes, y otros no tanto, caminando de la mano, grupos de amigos compartiendo momentos entre carcajadas y empujones, creando recuerdos que quedarán estampados para siempre en su memoria.

La gente ya sale del Bingo con destino a su hogar, las últimas persianas que quedaban arriba van bajando para así mantenerse hasta la mañana siguiente.

Y me encuentra la noche estático en el mismo lugar mirando la peatonal, recordando mis momentos de oro, sintiendo el fresco aire berazateguense y preguntándome:

¿Qué nos espera mañana en nuestra querida catorce?

Lucas Kapusi

Dispareja

Julio busca un papel y una lapicera para escribir una nota, en realidad un aviso. Con el pulso inestable y una lapicera violeta escribe unas pocas palabras, y obviamente de forma anónima. Dobla la hoja, la guarda en el bolsillo izquierdo del jean y sale demasiado pensativo.

¿Sería una exageración? ¿Una locura llegar a tal extremo? Si bien había salido muy decidido por la 148, ahora ya no estaba tan seguro de hacerlo ¿Y si todo era producto de su imaginación? Quizás estaba a punto de comenzar una guerra sin fundamentos válidos, una pelea totalmente en vano. Sus emociones van y vienen. Por momentos siente que está por tomar envión para dejar la nota por debajo de la puerta y huir. El viento de la tarde era más hostil que en otras primaveras. Sin embargo, la decisión está tomada, lo haría aunque no estaba seguro de si valdría la pena.

Antonio y Lorena llevan más de quince años juntos, la convivencia es excepcional, comparten muchas cosas, hasta la misma cuenta en Instagram: @Antorena. Siempre juntos en las fotos, con sonrisas envidiables. El idilio comenzó durante el último año de la secundaria en el laboratorio del Politécnico. Son sin duda la pareja perfecta. Julio nunca les creyó, todos esos posteos de amor en las redes, esas caras iluminadas de publicidad, la jactancia de nunca discutir y de acordar en todo.

Con el pasar de los años se generó una distancia tan grande entre Julio y Antonio, que sirve de válidos fundamentos para llevar a cabo su plan. Siente alborotarse en su bolsillo izquierdo el porvenir de la pareja. Camina por la 143 -había cruzado la vía sin darse cuenta. La gente mirando vidrieras como en una procesión, el viento apareciendo por ráfagas, el perfume omnipresente de los jazmines de octubre, la música de la calesita alejándose... Julio se detiene, saca del bolsillo el papel, lee otra vez su aviso en palabras de letras desparejas, des... pareja, dis... pareja, ¿pareja disfuncional? Piensa ¿Existirá un acuerdo de pareja dispareja?

Julio duda si seguir hasta la 133 para dejar la nota en el local en donde trabaja Antonio. La verdad es que por momentos tiene ganas de ir a Misky a comprar una hamburguesa y olvidarse de su descubrimiento: una cuenta en Instagram llamada @Lorenalove.ok que lo introdujo en todo este lío y lo llevó a escribir el aviso en letras violetas.

Marina Vitagliano



Vuelo... - Victoria Eugenia Fiore

PROYECCIÓN

Todavía los escucho llegar.

El galope incansable de los caballos tirando de los carruajes. Las risas cómplices recorriendo los aires, mientras la servidumbre muda, con los delantales almidonados, aguardan el arribo.

Yo prefería los tiempos sin ellos, cuando la sentía mía. Disfrutaba del paisaje frío y gris, de la helada sobre la fontana, del aroma a leño que se desprendía del fuego. Había desarrollado la habilidad de entrometerme en la casona de tres pisos de estilo francés. Solía subir las escaleras y mientras ellas tendían los lechos, yo jugaba al ama de la casa grande. Mi lugar en el mundo era la sala. Pasaba horas contemplando la lumbre, las pequeñas partículas rabiosas que en su viaje ascendente se fusionan con el tallado en piedra perfecto que coronaba al hogar. Quizá allí fue donde todo comenzó.

Me recostaba de cabeza a las brasas, y contando de uno en uno los ápices de madera quemada, iniciaba la travesía: cinco chispas subiendo; cuatro diluyéndose; tres el cuerpo adormecido; dos, la respiración casi imperceptible, uno...

Así, visitaba todos los espacios, esos espacios prohibidos para la cría del servicio. El palacio me pertenecía. Podía

sobrevolar la fuente, reírme con la venus y jugar en la pajarera. Podía entrar a la caballeriza y asustar a los corceles con una presencia que inquietaba sin estar presente. Podía jugar, jugar y planear por el tiempo que quisiera, cada vez más lejos, más intenso...

Veía a los empleados y siervos cargar a sus espaldas el trabajo arduo y mal pago. La injusticia de la miseria no era una opción para mí, que había desarrollado la habilidad de ser más allá del ser. Solo cuando escuchaba: “¡Herminia!, regresaba, recorriendo el mismo sendero por el que había iniciado el viaje.

Todas mis mañanas, la misma rutina; todas mis mañanas lugares más distantes. Así descubrí el arroyo que por aquellas épocas aún estaba transparente. Conocí confidencias sepulcrales, escuché conversaciones de erotismo siniestro; supe de misterios prohibidos y amores engañados; de caricias sin consentimiento y descendencias pecadas. Lo supe todo, y eso me hacía fuerte. Vagar se había convertido en una adicción, que dejaba en el bolsillo del delantal un haz de secretos que me daban la impunidad de evadir las obligaciones heredadas.

Diariamente, todos trabajaban y yo deambulaba en busca de revelaciones que me empoderaran.

Los días iguales hasta aquel amanecer de otoño: le revelé a María que la había visto en la caballeriza hirviendo en sexo con el hijo del capataz. No me creyó, pero al

detallarle la escena, bajó su mirada, encogió los hombros y de manera sumisa imploró silencio. Así, triunfante me tiré de cabeza al fuego en el hogar de leño mientras ella ocupaba mi lugar en la lavandería.

Inicié una nueva travesía. Ví a Basualdo, sospechoso en la tranquera vendiendo objetos de la casona. Me acerqué bien para observar todos los detalles. Me acerqué tanto que no advertí que María vengativa entraba a la sala y se acercaba a mi figura. Escuché los gritos, los ví salir con alguien en brazos. Retomé el camino, pero mi cuerpo yacente no estaba ahí.

Desde aquel día susurro en los oídos de los visitantes que se paran a contemplar las ruinas. Busco la materia para seguir existiendo. Sigo utilizando el mismo proceder: diez te observo; nueve, siento tu respirar; ocho te rodeo; siete soplo tu cabellera y te hago creer que es el viento; seis no quieres seguir, pero la intriga te invade; cinco estoy cada vez más cerca; cuatro, controlo tu respiración; tres, sabes que estoy aquí; dos, ya no podés escapar; uno, entré, estoy en vos.

Emilce Saccani



Pimpollo

Para Amelia. Aunque te fuiste cuando apenas sabía leer y escribir, con mucho amor hoy te regalo estas 214 palabras.

Se escuchan las voces de las personas, las bocinas de los autos y el ruido de comercios agitados mientras mis ojos van y vienen por las estanterías de este escondite lleno de libros de la 14.

Suelo entrar por la puerta de papel y tinta siendo yo.

Una vez dentro soy esa criatura fantástica que se va a un viaje inesperado donde experiencias sorprendentes cambiarán su vida para siempre.

Soy ese Señor ambicioso de poder, que mancha sus manos de sangre con tal de conseguir esa corona tan anhelada.

Soy aquel anciano malhumorado cuyo corazón se ablandará, en las vísperas de Navidad, gracias a la ayuda de fantasmas aterradores.

Soy ese detective de la calle Baker que no descansa hasta resolver los crímenes más intrincados.

Salgo de la puerta de papel y tinta y vuelvo a ser yo. Se escuchan las voces de las personas, las bocinas de los autos y el ruido de comercios agitados mientras mis manos devuelven a la estantería ese pequeño mundo encuadernado.

Pimpollo. Mi lugar en el mundo.

Esa pequeña librería de la 14 llena de Historia e historias.

Ese lugar donde puedo ser quien sea cuando sea.

¿Por qué vivir una sola vida si en un rincón de la 14 puedo vivir miles?

Antonella Lampi



CUATRO CUADRAS

- Mañana a la tarde en la placita.

Placita es un espacio verde con sol, casi por definición. ¿Por qué nunca un terreno inhóspito arrasado por un vendaval en mitad de la noche? La calesita girando enloquecida, sus figuras montadas por criaturas fantasmas, hijas malditas del viento. Los relámpagos reflejando sonrisas siniestras en el charco de agua sucia que se forma alrededor como el foso oscuro que envuelve una fortaleza en la que es mejor no saber quién vive.

- Vamos a sentarnos en ese banco.

Es un banco raro, hecho de cemento y pedacitos de mosaicos de colores. No quiero, pero me pongo a contar los pedacitos, lo mismo que, cuando en la sala de espera del dentista, cuento las cerámicas del suelo o las hendidias de la rejilla que está debajo del revistero. Dieciséis por diecisiete, dos setenta y dos. Nueve.

La mitad del cuerpo de un niño se asoma por detrás de un árbol marcado con una jota encerrada para siempre en un corazón. Me mira fijamente. Me apunta. Me dispara de verdad con un arma imaginaria. Comienza a brotar sangre de la boca de mi estómago, a borbotones, volcán en erupción de mis entrañas. Bajo la cabeza para mirar la herida. Hago presión con las palmas de ambas manos.

La sonrisa de triunfo en la boca del niño se desdibuja porque debe soplar la punta del caño caliente. Habrá soplado hace poco cuatro o cinco velitas.

Enfrascado en mi agonía de moribundo de mentira, escucho un susurro oxidado: me acuerdo de vos cuando venías, eras chiquito. ¿Son los goznes desgastados de la hamaca que me hablan? Te raspabas las rodillas desnudas contra el piso pedregoso cuando en un último salto desesperado intentabas tocar con la punta de los dedos la rama más baja del paraíso. Pucha, no recuerdo haberlo logrado.

Me concentro en la jota prisionera para olvidarme de mi herida abierta. Jota de Juliana, se me ocurre. De Javier, José, Julián, Julia, Julieta. ¿Quién será que está un poco atrapado, aunque no sepa, en la corteza áspera de un árbol de la plaza? ¿Sentirá cuando su nombre es mencionado, cuando lo escribe en un papel o lo pronuncia, que la jota pide ayuda desde el árbol? ¿Qué está sola a cuatro cuadras, en la plaza?

Noto que un pedacito de mosaico se ha aflojado. Bastaría con mirarlo un poco fuerte para que se desprendiera del todo. Me da pena, por el pedacito y por el banco.

- No lo saques.

Otra vez sangra la herida. Veo heridos por doquier, por todos lados. Se está divirtiendo el niño. Unos se toman

la cabeza y fingen caer al suelo. Otros desenfundan sus propias armas y también disparan. Algunos se lo toman muy a pecho. El niño llora y huye despavorido. Un gran campo de batalla la placita. San Martín, inmóvil allá arriba, jinete sempiterno en su corcel de plomo, pensará: qué suerte que no me han disparado.

De a poco se esconde el sol entre las copas aún frondosas de los árboles. Un senderito de arena y tierra nos va sacando a todos, nos manda a casa. ¿Qué más me va a decir la hamaca de mi infancia? ¿Qué más me va a decir el tobogán? ¿Se habrá sentado alguna vez Juliana en ese banco del mosaico desprendido? Juliana, Javier, José, Julián, Julia, Julieta. Los pedacitos de mosaico son quinientos cuarenta. Cuando se caiga el suelto, quinientos treinta y nueve.

- Mañana a la tarde en la placita. Es acá nomás, a cuatro cuadras.

Cintia Elisa Periz



Plaza San Martín - Agustín Nicolás Moreira

La bici celeste

La idea de estudiar antropología llegó a mí el día que les llevé a los abuelos la tarjeta de invitación para mi ceremonia de grado. Recién me recibía de la Escuela Número 1 de Berazategui y papá, con mucho cariño y esfuerzo, me había preparado para ese día la reliquia más preciada de la familia: la bici celeste.

Fabricada por mi tatarabuelo Pancho 100 años atrás, la bici celeste había sido la clave para que le fuera revelada la misión de vida a todo aquel que la montase -o al menos así lo relataban los mayores en cada encuentro familiar celebrado con motivo de ceremonias importantes como ésta. Eran relatos amenos y curiosos, unos más que otros, sobre las muchas maneras en las que se había manifestado la revelación.

Recuerdo, por ejemplo, la historia de mi tío Pepe quien, evitando asustar a un grupo de palomas que comían migas de pan en la Plaza de la Paz, chocó contra el tronco de un árbol. Eran justo las 12 del mediodía y las campanas de la iglesia repicaron con tal intensidad que, según él mismo relataba, una lluvia de paz descendió abrazándolo junto a todo el espacio que lo circundaba. Un instante después, 12 gatos bizcos se le acercaron pidiéndole mimo. Profundamente conmovido, los acarició. Gracias a este hecho entendió que debía ser oftalmólogo de gatos.

Al tiempo, tío Pepe hizo historia realizando innumerables implantes de ojos de gatos en humanos -con lo cual hizo a éstos más cariñosos-, y ojos de humanos en gatos- salvando así a todos los pajaritos. Prontamente, las veredas se llenaron de flores mientras las ventanas se vistieron de cantos y colores. Esto le valió el Nobel de la Paz.

Por su parte, mamá me había regalado un auricular inteligente. Diseñado y fabricado por Máximo Caprese desde la estación lunar Robinson, revestido de chapa de rodio blanco y encendido por el comando de mi voz, me permitía conectar con emisoras radiales extra planetarias, así como también con los sonidos del espacio sideral.

Los paseos en la bici me mostraban constantemente la belleza del ser humano. Su amable movimiento, pausado tiempo y rodar silente, hacían posible el que disfrutara del ir y venir por cada vereda, parque o pasaje, bajo el cielo siempre contemplativo y protector en mi recorrido por nuevos territorios. El uso del auricular, por otra parte, abría mi mente a la inmensidad del cosmos con sus atractivos sonidos y voces de personajes singulares. ¡La suma de los dos, por tanto, era lo máximo!

La tarde de la entrega estuvo linda. La fresca brisa recorría mi rostro y el pedaleo, mi corazón. Pero, media hora después, lo que pareció ser el sonido de la colisión de dos asteroides hizo que se pincharan simultáneamente ambos neumáticos de la bici. Era domingo y sin encontrar quién me ayudase a repararlos, seguí rodando hasta que

la bici botó las cámaras. Continué, hasta que las llantas se tornaron cuadradas. De pronto, otra colisión mucho más fuerte -parecía ser la de dos agujeros negros- arrasó con mí conciencia del tiempo, llevándome a la edad de piedra. Allí me hallé tallando la primera rueda. La mano de la humanidad y la mente creadora me acompañaban.

Llegué de vuelta a casa con la bici sobre mis hombros agradeciendo la evolución de nuestra especie, de nuestros antepasados y a la inteligencia misma. Celebré desde lo más profundo el descubrimiento de la rueda, el cuadrado, el radio y sus ángulos, el número Pi con sus revoluciones y esta maravillosa bici celeste. ¡Era sin duda el llamado de la vida a convertirme en el mejor antropólogo!

César Montilla



Buscando brilla... - Daniela Coronel

Edición EdiBer
Complejo Municipal El Patio

Área Industrias Creativas
Calle 149 e/ 15 y 15A (1884) Berazategui
Buenos Aires, Argentina.
ediber@culturaberazategui.gov.ar
Tel. 4216-6190

Título original: Quiero relatos
© Editorial Municipal de Berazategui, 2021

Responsable editorial
Federico López

Dirección Gral. de Patrimonio y Políticas de Identidad
Liliana Porfiri

Directora del área de Industrias Creativas
Verónica Lopert

Asesor editorial
Juan Bertola

Compilación
Celeste Scalise

Diseño
Juliana Sartori

Hecho el depósito que marca la ley N° 11723
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro digital sin citar la fuente y la expresa autorización de la editorial.
Este eBook se presentó durante el mes de octubre de 2020 en Berazategui, Buenos Aires, Argentina.

Quiero relatos / Cintia Elisa Periz ... [et al.] ; compilación de Verónica Lopert. -
1a ed. - Berazategui : EdiBer - Editorial Municipal de Berazategui, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3983-14-6

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. 3. Ilustración Gráfica. I. Periz, Cintia Elisa. II. Lopert, Verónica, comp.
CDD A863

